



REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año. Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º — NÚMERO 23.

DIRECTORA:
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

23 de Junio de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

El culto de la Virgen en la Edad media, por don Francisco Diaz Carmona.—Himno al Eterno, poesia, por doña Rosa Butler.—Calvario y redencion, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Dos perlas, poesia por don R. F. Izaguirre.—La Calavera de la puerta de Elvira, por don Francisco de P. Villa-Real y Valdivia.—Lejos y cerca, poesia, por don M. Ramos Carrion.—Variedades.

EL CULTO DE LA VIRGEN EN LA EDAD MEDIA.

Dos grandes épocas marcan las dos opuestas fases con que aparece la humanidad en la historia: una de postracion y de envilecimiento; otra de regeneracion y grandeza: una en que el mundo entero, devorado por profundas llagas, exhala dolorosos ayes de su seno como un hombre herido de muerte; otra en que vé, lleno de júbilo, realizada la esperanza bendita que lo animara, y eleva con el amor perpétuo de cien generaciones un canto de gracias hasta el trono del Omnipotente. Ante este hecho histórico la inteligencia se detiene asombrada, y se pregunta, por qué misteriosos caminos, por qué poderosas causas ha venido á cambiarse de tal modo

la fisonomía moral del universo. El Evangelio, ese libro divino cuyas sublimes páginas derraman el consuelo en los corazones sencillos, y producen la admiracion de las mas privilegiadas inteligencias, se encarga de decirnoslo. Oid:

Un ser que vivió en el mundo con la pobreza y la sencillez de un hombre oscuro y murió en la cruz con la majestad y grandeza de un Dios, ha hecho lo que no pudieron realizar las brillantes teorías de los filósofos, los inspirados cantos de los poetas, ni la riqueza y magnificencia de los reyes; ha dado la felicidad al mundo, levantándole del lecho de muerte en que yacía. Este ser era el Verbo Eterno, la Verdad increada, que abdicando en cierto modo de su poder ilimitado, no vaciló en bajar al mundo para encerrar su esencia infinita dentro de un cuerpo frágil y miserable ¡y se hizo carne! misterio profundo de amor que nos hace inclinar la cabeza agobiada por todo el peso de la generosidad de un Dios.

Pero al lado de la grave y severa figura de Jesus, encarnacion viva de la verdad eterna, aparece la casta é interesante persona de María, representacion purísima del sentimiento cristiano.

Esa Virgen bendita, destinada á recibir en su seno á la esperanza de las naciones, viene á ser

como el complemento del dogma católico, y concentra en sí todos los rayos de amor y de ternura que brotan de la religion predicada por el hombre Dios y sellada con su sangre en el Calvario.

Oh! sí; por eso todos los pueblos han conservado su nombre bendecido como un tesoro sagrado; por eso en todos los tiempos y por todas las lenguas se ha repetido como un emblema de paz y de felicidad, saliendo envuelto entre plegarias de amor, ya de la sonrosada boca del niño, ante el cual se abren los risueños horizontes de la vida, ya de los trémulos labios del anciano, que abatido y desconsolado coloca su débil planta sobre los umbrales de la muerte.

Y es que jamás fueron desoidas esas plegarias, y es que esa purísima Virgen, colocada entre el cielo y la tierra como una estrella de amor, ha sido el consuelo y la alegría de los que *lloran y gimen en este valle de lágrimas*; oid los gritos de agonía del náufrago, que se vé rodeado de un círculo espantoso de olas que le ciñen, le estrechan y lo acosan; escuchad el gemido del desgraciado que se siente ahogado entre los brazos macilentos de la miseria; atended al llanto del pobre huérfano, que sobre la tumba de su madre dobla con angustia su cabeza, no hallando otro seno cariñoso donde reclinarla; todos esos gritos, todos esos gemidos, todas esas lágrimas van encaminadas á aquella que el hombre agradecido ha denominado la «Madre de la misericordia.»

Ah! poco importa que una filosofía que se ha propuesto deificar la oscura razon humana, esa pobre razon que se agita y se revuelve desesperada bajo el peso de su impotencia, se afane en matar nuestras creencias y en envenenar nuestro corazon arrancando de él la fé que fortalece y la esperanza que vivifica; sobre ella está el sentimiento cristiano de todos los tiempos, la voz de todos los siglos, que se levanta imponente y avasalladora para acallarla, repitiendo impulsada por su amor á María el «beatam me dicent omnes generationes,» esas proféticas y sublimes palabras de un cántico mas sublime todavía.

Vamos á entrar de lleno en el asunto que indica el epígrafe de este artículo; el temor hace vacilar nuestra mano ante una empresa superior sin duda á nuestras fuerzas; pero si son cortos nuestros conocimientos, tales como son se los consagramos á María, cuyo purísimo nombre sabrá derramar sobre este pobre trabajo todo el interés y toda la poesia que no puede prestarle la aridez de nuestra imaginacion.

El culto de Maria no se manifestó con toda magnificencia sino desde el cuarto siglo: es decir

desde el Concilio de Efeso, que declaró la divina maternidad de María; y decimos con toda magnificencia, porque si bien la Iglesia tributó un culto constante y fervoroso desde el primer siglo del cristianismo á la madre de Dios, no hizo ostentacion de él á la faz del mundo, ya porque no cabia en la estrechez de las catacumbas, ya por quitar á los paganos todo pretesto de acusaciones de idolatria.

Desde dicho concilio el culto público de Maria se desarrolla con una manera prodigiosa, y es digno de notarse como se aumenta sucesivamente á través de los tiempos. «Sin perder nada, sin cambiar nada de las riquezas de que lo han dotado los siglos primitivos, dice un sabio y piadoso escritor, adquiere incesantemente otras nuevas; el tiempo, que siempre se lleva lo que trae, pierde para él este carácter universal de sucesion.»

Pero cuando el culto de Maria adquiere una gran importancia religiosa, es sin duda alguna en la Edad Media. Puede decirse sin exageracion que esta edad está envuelta en una atmósfera de devocion hácia esa bendita Señora. Y esta devocion toma unas tintas mas suaves, mas tiernas; se hace menos severa que en los tiempos apostólicos, y aparece rodeada de mas poesia y sentimiento, si bien de la misma pureza que en aquellos.

El cuadro que presenta la Edad media con relacion á María es hermoso y consolador. Edificanse millares de templos á su memoria, las artes le dedican sus mas inspiradas obras, los pueblos se colocan bajo su proteccion, los reyes depositan al pié de sus altares ricas ofrendas, y el mundo entero con múltiple voz de la arquitectura, de la pintura y de la poesia, hace la apoteosis de esa Virgen bendita, elevada sobre todos los seres de la tierra.

Mas si fué pura y desinteresada esta devocion de los hombres á la Madre de Dios, no fué menos fecunda y benéfica para ellos, pues puede decirse que todo lo grande, todo lo noble y sublime que ha existido en el mundo cristiano se debe á esa misma devocion.

Estudiando el movimiento religioso de la Edad media con referencia á María, veremos como á la sombra de este culto se ha alimentado por tanto tiempo en el mundo la fé y el sentimiento cristiano, y como bajo su influencia se han desarrollado poderosamente en Europa la civilizacion, las artes y la literatura.

Volúmenes enteros se necesitarian para describir con todos sus detalles la devocion de los pueblos en la Edad media á la Santa Virgen María. Pero los límites de estos artículos no permiti-

ten tanta estension y nos contentaremos con indicar á grandes rasgos ese gran cuadro, que constituye el magnífico poema de la vida social y religiosa de nuestros padres, á la manera con que el pintor, al formar el boceto, indica las líneas principales y la actitud de los personajes, sin precisar los contornos, ni dar vigorosa entonación á las figuras.

La Edad media se presenta en la historia acompañada de una gran revolución social. Hordas feroces arrancadas por la mano de Dios de las vertientes del Cáucaso, de las orillas heladas del Danubio, ó de los antiguos bosques germanos, se lanzan sobre la Europa, repitiendo con voz espantosa el lúgubre; ay de los vencidos! de Breno: convierten en escombros el imperio de los Césares y se reparten sus restos, como dividen entre sí los salvajes americanos los miembros palpitantes de su enemigo. Aquellas hordas revelaron á Europa su existencia de una manera horrorosa, y el mundo romano que creía eterno el Capitolio, cayó á los piés de los caballos vencedores y se encontró de repente bárbaro.

¿Qué hubiera sido entonces de esa Europa, vándala aquí, germana acuyá, franca ó visigoda, sajona ó lombarda, sin una idea fecunda que uniera al vencido y al vencedor bajo una misma enseña, sin un principio saludable que civilizara á aquellos guerreros que habían desgarrado con su espada las entrañas de la sociedad?

¡Poder admirable de la verdad! unos vencidos pobres, sin otra fuerza que su ejemplo, sin otras armas que su palabra, sin otro medio que derramar generosamente su sangre, lograron imponer á sus señores algo más que sus leyes, que sus costumbres y sus ciencias; lograron imponerles eso que es superior á la familia y á la patria: la religión: y un débil sacerdote cristiano pudo decir un día al poderoso jefe de los francos, arrodillado á sus piés, aquellas célebres palabras: «¡Oh Rey, persigue los ídolos que adoraste y adora al Dios á quien perseguiste!»

Uno de los grandes medios con que contó el cristianismo para implantarse y echar raíces entre ellos, fué sin duda alguna el culto de la Virgen María. Debía ser en efecto muy simpática para los bárbaros esa delicada y dulcísima figura, que se levantaba como una promesa de amor en su horizonte, teñido con tanta sangre, y que aparecía rodeada de una atmósfera purísima de paz, de ternura y de felicidad; y esto con tanta más razón, cuanto que su memoria no les era completamente extraña; pues que unos como los galos contaban entre sus monumentos drúidicos altares dedicados á la *Virgen que había de parir*, y otros como los escandinavos tenían vírgenes

entre sus deidades, y sus cuentos populares hacían mención de esa *Virgen blanca*, que andaba sobre los lagos y se colocaba bajo la sombra de los pinos á cantar himnos en memoria de los guerreros.

Así es que aquellos pueblos, que veían en cierto modo hermanadas con la devoción de la Virgen sus tradiciones gentílicas y las verdades cristianas, aceptaron con todo el entusiasmo de que es capaz una raza virgen, los sentimientos de religión que además de las sublimes máximas y los preceptos admirables que les daba, oponía á sus poéticas y bienhechoras hadas una Virgen incomparablemente más hermosa y compasiva que ellas.

Puede decirse por lo tanto, que el culto de María ha ayudado sobremanera al establecimiento de la religión cristiana en el mundo, y ha presidido en cierto modo á la formación de los Estados: testigo de esto último nuestra patria, cuyo primer paso hácia la reconquista, se muestra en Covadonga acompañada de la decidida protección de María; testigo también esa, en otro tiempo, cristiana Inglaterra, donde los feroces normandos hubieran tardado más tiempo en identificarse con los vencidos sajones, á no concurrir ambos á unos mismos altares para ofrecer á la Madre de Dios, los unos sus ricas ofrendas, los otros sus tristes lágrimas y sus fervorosas oraciones.

Si avanzamos un paso más en la Edad media, hácia la época en que ya los pueblos se encuentran agrupados cada uno alrededor de un trono y ligados por unas mismas leyes y costumbres, nos asombraremos de ver brotar por todas partes chispas de entusiasta amor á la Santa Virgen de Nazareth.

Contemplad esos guerreros que marchan al combate contra los infieles, ondeando majestuosamente el estandarte de María en la cual depositaron su confianza, y que vuelven cargados de laureles á cumplir los votos que durante la sangrienta pelea hicieron á la purísima Madre: mirad esos Reyes que con la cabeza descubierta y arrastrando sus largas púrpuras, corren rodeados de los magnates, del clero y del pueblo á dar gracias á la Virgen por haber librado á sus ciudades de la peste ó del hierro de los enemigos; ved esos pueblos que se trasportan en masa á los santuarios de María, que ora ostentan sus riquísimas portadas ó sus finas agujas lanzadas al aire en medio de una ciudad populosa, ora esconden sus modestos contornos en el fondo de un valle, bajo la sombra de los nogales ó las viejas encinas.

La devoción de los pueblos no se revelaba solo sin embargo con estos sencillos actos de amor á

María; iba por el contrario acompañada de obras gigantes que son la admiración y la envidia de los siglos posteriores. Hablamos de los templos, esos sublimes poemas del arte cristiano, que parecían realizar con sus atrevidas formas el ideal de la fe religiosa de nuestros padres. Las catedrales de Oviedo, Burgos, Toledo, Sevilla y Leon Chartres, de Aix de Chapelle, los santuarios de Monserrat, Atocha, Ntra. Sra. de París y de Rouen, en España y Francia, la de Alba Real en Polonia, la majestuosa basílica de Ntra. Sra. de la Fuente en Constantinopla, del Pilar de Zaragoza, las innumerables iglesias y catedrales de Italia, las humildes capillas sajonas, los macizos templos normandos y tantísimos otros monumentos cristianos que atestiguan esta devoción, que se revestía con las formas más poéticas para honrar y reverenciar á María.

No siempre eran esos templos el resultado de la munificencia de los reyes ó los grandes señores, sino el producto de la rica fe, del poderoso entusiasmo religioso de los pueblos. Véase si no lo que sucedió en Chartres el año de 1140, cuando para levantar un templo toda la Normandía acudió á fin de ayudar con sus brazos á su formación. «En Chartres fué, dice un testigo ocular, donde se vió por primera vez á varios hombres tirar á fuerza de brazos de carretas cargadas de piedras, de leña, de víveres y de todas las provisiones necesarias para las obras de la iglesia, cuyas torres se levantaban entonces.» Y otro historiador de aquel suceso, dice: «¿Quién ha visto jamás á príncipes y señores poderosos del siglo, á guerreros y á mujeres delicadas doblar su cerviz bajo el yugo á que se sometían arrastrando pesados fardos? Se las vé por miles unas veces arrastrando una sola máquina, tal es su peso, y trasportando á larga distancia trigo, vino y aceite, cal, piedra y otros materiales para la obra.»

En España, esta hermosa nación de María, su culto era objeto del más ferviente entusiasmo. Cada paso dado en la lenta obra de su unificación, originaba una nueva manifestación de amor á aquella purísima Señora. El primer acto de los cristianos al conquistar una ciudad mora era consagrarla su mezquita principal, y bien pronto la voz del muezim, convocando á los creyentes á la oración, era reemplazada por el grave y misterioso acento de la campana que llamaba á los fieles al santuario de María. Así es que España llegó á poseer con el tiempo más de 120,000 templos, según asegura un autor, de los cuales la mayor parte estaban consagrados á la santa Virgen. Los caballeros al salir á pelear contra los infieles se encomendaban á la

Madre de Dios, y más de una victoria fué debida á su poderosa intercesión, no siendo la menor la que en 1212 consiguió Alfonso IX de Castilla en las cercanías de Leon, cuando viendo que sus tropas desalentadas retrocedían ante la media luna, desarrolló en aquel supremo momento el estandarte de la Virgen de los Dolores, que fué bastante para reanimar á los castellanos y derrotar por completo á los árabes, casi vencedores ya.

(Concluirá).

Francisco Diaz Carmona.

HÍMNO AL ETERNO.

Venid, las criaturas del ámbito terreno:
postraos ante las gradas del trono de Jehová;
la fuente de la vida escapa de su seno,
la ciencia en Él reside, la fuerza en Él está.

Son solo ante su vista cual rápidos instantes
los siglos trascurridos, los siglos por venir,
y son opaca sombra los soles más brillantes,
y el hombre flor que el cierzo pasando hace morir.

Postraos, altas colinas y valles ignorados
que abril os entreteje guirnalda de verdor,
y brote en esos campos purpúreos y dorados
un himno cada espiga, un himno cada flor.

Postraos, nubes grandiosas que vais elaborando
el rayo en vuestro seno de horrible tempestad:
los rayos que se cruzan y el trueno retumbando
adoren con vosotras de Dios la majestad.

Venid, añosos árboles, y musgos invisibles,
ballenas y elefantes, luciérnagas de luz,
venid, tardes serenas y auroras apacibles,
venid también vosotras, ¡oh noches de capuz!

Arenas y peñascos, soberbios aquilones
y peces y avecillas de mágico trinar,
y perlas y diamantes, y rápidos turbiones,
corrientes plateadas, y cielo y tierra y mar.

Postraos, Etna y Vesubio, montañas inflamadas,
recuerdos majestuosos del alto Sinaí,
y lenguas mil soltando en densas llamaradas
adoren humo y fuego al Dios escelso ahí.

Venid, hechuras todas del ámbito terreno,
postraos ante las gradas del sòlio de Jehová:
los mundos brilladores de aquese azul sereno
son letras de diamantes que os dicen: aquí está,

Nosotros los humanos los soles traspasando
subamos de uno en otro en alas de la fe,

y el pálido universo distante atrás dejando lleguemos de ese trono magnífico hasta el pie.

Si, Dios, yo te contemplo mas alto que las nubes, y mas que de los soles la límpida region; mas alto que los grupos gigantes de querubes que pueblan de tu gloria la espléndida estension.

Tu rostro ver quisiera, relámpago divino que en luz baña increada á la mansion de paz: mas ¡ah! que los querubes con velo diamantino se cubren aterrados al brillo de tu faz.

Perdona, Dios, perdona; en polvo hundo la frente que el polvo contra el polvo bien justo sera esté: en alas atrevidas de mi entusiasmo ardiente volé á tu suma gloria, del polvo me olvidé.

No fué tamaña audacia, (lo sabes, ¡oh Dios mio!) orgullo gigantesco, satánica ambicion; es sí, porque anhelante mi corazon vacío se lanza tras los goces de tu eternal mansion.

Y en tanto que mi alma del barro desprendida las dichas celestiales no llega á conseguir, se oirá mi voz pujante, sonora y conmovida cruzando los espacios espléndidos decir:

«Llegad ¡oh séres todos! del ámbito terreno, postraos ante las gradas del solio de Jehová: la fuente de la vida escapa de su seno, la ciencia en Él reside, la fuerza en Él está.

Rosa Butler.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Fabian á María.

«Con qué impaciencia espero tu carta querida hermana mia!

Con qué afan aguardo saber la continuacion de los hechos que se suceden en tu vida, y que así combaten tu corazon.

Pobre María! pensar que eres desgraciada, saber que estás sola y no poder volar á tu lado, esto, te lo confieso, subleva mi razon y me hace desesperar, hasta el punto de robarne esa conformidad con que hasta aquí he soportado la pérdida de nuestra fortuna.

Entre tanto que puedo saber cuanto te concierne, te referiré el carácter que toma mi existencia, y las nuevas fases que presenta mi suerte.

Ya no solo soy secretrario del Señor de Aguilar, si no maestro de canto de Valeria.

Esta, cuya influencia con su padre es indescriptible, le habló de ello, y salgo del despacho dos horas antes que mis compañeros.

Estas dos horas las dedicó á la Señorita de Aguilar, cuya voz es admirable, y cuyas felices disposiciones nada dejarían que desear al maestro mas exigente.

El gabinete de estudio de Valeria toma la luz de dos grandes balcones que caen sobre el jardin, y está adornado con un gusto y una elegancia admirables.

Su piano es magnífico; me recuerda el que nuestro buen padre hizo venir para nosotros de Alemania.

Oh! María: en esta atmósfera perfumada, en estos brillantes salones pienso mas en nuestra pasada grandeza y me parece mas horrible nuestra desgracia, que cuando en nuestra bella casita de campo, rodeados de flores y árboles nos sentábamos junto á nuestra madre y procurábamos hacerle olvidar á fuerza de amor todo lo que de bienes y comodidades habia perdido!

Al pasar algunas horas junto á esta mujer, bella y distinguida, que hace llegar á mi oido todas mis armonías favoritas, me creo de nuevo el jóven marqués de Alva-Luz, y pienso que esta casa, estos muebles, esta servidumbre me pertenece, y que Élia y tú vais á aparecer á cada instante á mi vista para embellecerlo todo con vuestra presencia!

Por desgracia esto es una ilusión no mas, y al volver á la realidad al tornar á subir á mi pequeño cuarto, situado en un segundo piso y exento de todo lujo, y casi de todo bienestar, mi posicion me parece mas triste, y mas trabajoso de ganar el modesto sueldo que envio á nuestra madre.

Pero hablemos de otra cosa: no quiero aumentar tus pesares con mi melancolía: sí, hablemos de otra cosa: de Valeria, de mi discípula, que por un capricho quizá se muestra conmigo afable y bondadosa, hasta un extremo que yo no te sé explicar.

Ayer, y despues de algun tiempo de leccion, hablamos de mil cosas y al fin recayó nuestra conversacion sobre el ascendiente que una mujer ejerce en el corazon del hombre que la ama.

Me acordé de Julio, y sin pensar quizá lo que decia, exclamé fijando mis ojos en Valeria:

—La mujer, señorita, puede hacer del hombre un héroe, un génic; pero tambien puede convertirle en un malvado ó en un idiota.

Ella me miró con asombro; su frente se enrojeció por un momento, y repuso con acento intranquilo:

—Creo que se engaña V., Fabian; en cuanto á

mí, pienso que el poder de la mujer no puede alcanzar á tanto: el que pone el pié en la senda del crimen es porque ha nacido predispuesto á ello; la mano de una mujer es demasiado débil para empujarle de esa suerte en contra de su voluntad!

—Oh! es que no es el de la fuerza el camino que toman para vencer, la dije; su influencia es mas peligrosa porque consiste en sus atractivos.

—Nunca pueden ser estos tan poderosos que conduzcan hasta ese extremo.

Calló un momento, y después me preguntó de un modo rápido y fijando en mí sus grandes ojos negros:

—Conoce V. á alguna mujer cuya belleza y cuyo encanto pudieran dominar á un hombre de ese modo?

Te confieso, María, que aquella pregunta me dejó absorto.

Era una provocacion? era un medio de saber si yo conocia el secreto de Julio?

No sé; pero tuve que dejar pasar algunos instantes antes de contestar.

—Señorita, si alguna mujer llegase á interesar mi alma hasta el punto de hacerse dueña de mis acciones, seria mas que por la belleza de su rostro por la belleza de su corazón; mas que por el fuego de su mirada y la magia de su sonrisa, por su inocencia, por su pureza, por esas altas cualidades que convierten en un ángel á aquella que las posee.

—No le halaga á V., pues, la hermosura? me preguntó, al escuchar estas frases.

—Cuando no está acompañada de la bondad y de la virtud, la considero como una flor sin aroma, de vistoso aspecto pero de nociva influencia.

—Tiene V. razon! me respondió con acento grave y casi triste; el amor verdadero, hijo del alma, el alma solo debe inspirarlo y sostenerlo para siempre.

Calló, y quizá fué una ilusion mia, pero el limpio cristal de sus pupilas pareció empañarse con una gota de llanto.

Como su silencio se prolongaba creí que debia retirarme y le pedí permiso para ello.

Valeria me lo concedió, y al salir la oí exhalar un suspiro y pedir á su aya un libro cuyo título no entendí bien.

Me quedaba algun tiempo de libertad, y quise consagrarlo á Angelina.

Bajé al jardin y me dirigí á su departamento sin temor de ser visto, puesto que en aquella hora nadie tiene costumbre de pasar por aquel sitio.

Mi pobre enfermita no me esperaba, y se sorprendió al verme aparecer; pero aquella sorpresa

fué tan dulce, que arrancó una sonrisa á sus labios, y atrajo á su boca mi nombre.

Oh! sí: «Fabian,» dijo, «Fabian,» con acento puro, claro, lleno de una ternura infinita.

Lo creerás? nunca ha sonado esta frase de un modo tan dulce en mi oído, como pronunciada por esta niña, como una prueba del inocente amor que me profesa.

Yo habia cogido una rosa blanca del jardin, y ofreciéndosela á Angelina la pregunté sin soltarla de la mano.

—La quieres?

—Sí, respondió ella.

Oh! ya ves que me comprende, que su inteligencia se despierta, que empieza á saber expresar sus deseos!

Si la vieras andar! parece que su estatura se ha elevado, que su talle ha adquirido flexibilidad, y que la misma ligera vacilacion de sus pasos la prestan una gracia nueva, y hacen que todo en ella inspire afecto é interés.

Sus megillas se redondean y adquieren el color y el aterciopelado de una hoja de rosa, á medida que la salud y la vida vuelven á animar á esta tierna criatura, tan abandonada hasta aquí.

El doctor se admira de sus progresos, y me asegura que en breve no necesitara de los auxilios de la ciencia, y sí solo de los cuidados del amor.

Oh! si pudiera hacer que Valeria la amase!

Mejoraria esto su tanto situacion!

Puedo yo hacer tan poco, hermana mia!

Adios: en breve volveré á escribirte; no dejes tú de hacerlo, pues espero noticias tuyas lleno de interés y de ansiedad.—FABIAN.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

DOS PERLAS.

Una gota de rocío
Dijo á otra gota de llanto:
—¿Qué vale tu dulce encanto
Comparado con el mio?
Yo desciendo en los vapores
Celestes del firmamento,
Yo presto vida y aliento
A las purísimas flores.

Y con sarcasmo profundo,
La triste lágrima dijo:
—Yo con la esperanza, rijo
Las santas leyes del mundo.
Tú reclinada en el velo
Que la blanca nube encierra,
Vienes del cielo á la tierra;
Yo voy de la tierra al cielo!

R. F. Izaguirre.

LA CALAVERA DE LA PUERTA DE ELVIRA.

TRADICION GRANADINA.

(Continuacion).

Entretanto la comitiva, dada la vuelta á la ciudad, se disolvió por su orden, volviéndose á reunir las autoridades en el palacio de Mondéjar para resolver lo más conveniente.

—Mayor creí el tumulto, dijo el inquisidor general.

—De igual modo lo pensaba, exclamó el duque de Alba; pero este comprimido alboroto tendrá sus resultados cuando la insurreccion que están fraguando cuente con más poderosos elementos.

—Entonces, gritó Mondéjar morirán como perros, y el estandarte de la cruz no caerá nunca de la torre de la Vela, donde supieron colocarle los monarcas que esta poblacion conquistaron.

—Todos os ayudaremos, exclamó la inmensa multitud allí reunida; y entre tanto, la prudencia sea la norma de nuestras acciones.

Dicho lo cual se separaron, quedando la poblacion en el mismo estado que de ordinario presentaba.

III.

Algun tiempo habia trascurrido desde los acontecimientos que acabamos de reseñar. Nada en Granada hacia sospechar que el orden pudiera turbarse, y tranquilos y confiados vieron sus habitantes espirar el plazo concedido á los moriscos, para que desapareciese esa barrera religiosa que los separaba, y que manteniendo frente al catolicismo un culto tan desacreditado como el mahometano, heria al español en los delicados sentimientos de su religioso entusiasmo.

Las autoridades, no obstante, recelosas sin duda de la mansedumbre aparente que los moriscos ofrecian, redoblaban diariamente su natural vigilancia, y particularmente de noche las puertas todas de la ciudad eran cerradas, y cuidadosos centinelas velaban por el reposo público.

Las puertas del Rastro y la de Elvira eran precisamente las mas vigiladas, pues por allí era mas temida una incursion de enemigos en la ciudad. Pero siendo costumbre entonces, fielmente seguida hasta mediados de nuestro siglo, el colocar en la última de estas puertas, que da salida al hoy llamado Campo del Triunfo, las cabezas de los ajusticiados, de aquí que merced al carácter escrupuloso de la época, mas de una vez un centinela visionario creyese ver luces de siniestra apariencia, y se escogiese para dar es-

ta guardia á los soldados de mas reconocido ánimo.

En la época á que nos referimos, principios del invierno de 1568, encontrábase la compañía del capitán Gonzalo de Castro dando la guardia en la citada puerta, cuando para relevar al centinela al mediar la noche, tocó la suerte á un infeliz soldado, que por primera vez desempeñaba tal cargo en el sitio referido.

Tranquilo pasó la primera hora de guardia, y ya bien cerca de las dos de la madrugada, vió de repente salir una luz débil y opaca por entre los ojos y la boca de la calavera que ocupaba el céntrico lugar entre las que en la puerta de Elvira se encontraba.

En vano seria describir el terror que se apoderó del infeliz soldado al observar tal fenómeno, que buenamente atribuyó á causa superior y de un mundo desconocido, pues que el silencio de la noche, lo solitario del lugar y el carácter fantástico de la aparicion, no convidaban si no al temor y al espanto.

Buen rato permaneció impasible, sin darse cuenta de lo ocurrido, hasta que pasado algun tiempo, y ya repuesto de su natural turbacion, venció en él la curiosidad al temor, y pretendió indagar la causa de tan extraño fenómeno. Acercóse silenciosamente, y cuál no seria su asombro al percibir por aquellos huecos una voz humana, pero con carácter ininteligible! Verdaderamente horrorizado entonces, y en cuanto pudo darse cuenta de su situacion, decidió participar á su jefe todo lo ocurrido para conocer su opinion en tan delicado asunto, y ver al mismo tiempo si podian averiguar el origen de la luz y de las palabras entrecortadas que habia escuchado.

Pero no fué pequeña la admiracion del soldado cuando al referir al capitán Gonzalo de Castro tal suceso, éste, con penetracion superior á aquel, y conocedor además de las costumbres moriscas, pensó desde luego que el hueco de la calavera daba á algun hondo subterráneo, donde los moros celebraban entonces los secretos ritos de su religion. Acercóse al sitio mencionado, y su opinion se afirmó mas al percibir desde luego la voz humana en lenguaje arábigo. Remudó el centinela, y acompañado del que le noticiaba el suceso, decidieron buscar la entrada del misterioso subterráneo, donde los árabes estaban reunidos.

Encamináronse por la puerta que conduce á la cuesta de la Caba, y despues de recorrer el laberinto de callejuelas que por allí se encontraban, quiso la suerte que junto á un cármén tropezasen con unos ramajes, que falseando bajo su peso dejaron expedita una peligrosa rampa, por

donde con valor y arrojo fueron á dar á un pequeño zagnan, en el que un moro descuidado parecia espiar la entrada al misterioso subterráneo.

(Concluirá.)

LEJOS Y CERCA.

—Ayer señor cura,
Con el campanero,
Me subí á la torre
Mas alta del pueblo;
Y lo que tan grande
Desde abajo vemos,
Visto desde arriba
Parece pequeño.
Padre en ¿qué consiste?
Yo quiero saberlo.
—Escucha, hijo mio,
Y guarda el recuerdo.
Lo mas asombroso
Que existe en el suelo,
Los grandes palacios,
Altos monumentos,
Cuanto sobre el mundo
Se eleva soberbio
Si ganas la altura
Lo verás pequeño.
Mezquino á tu vista
Será lo mas régio,
Porque allí... te encuentras
Mas próximo al cielo.

M. Ramos Carrion.

VARIEDADES.

LA HIJA DE LA VÍRGEN MARIA.

(Traducción del alemán.)

(Conclusion.)

—¿Cómo has llegado hasta este desierto? le interrogó el rey con asombro.

Mas ella no le contestó porque no podia despegar los labios.

¿Quieres venir conmigo á mi palacio? Insistió el principe, sin embargo.

Y como por señas le diese á entender su asentimiento, el rey la subió en su caballo y se la llevó á su morada, donde, despues de vestirla y rodearla del mayor esplendor se apasionó y casó con ella.

Al cabo de un año la reina dió á luz un hermoso niño. Una noche hallándose sola en la cama, se le apareció su antigua Señora, que le dijo:

—Si quieres confesar al fin la verdad te devolveré el

uso de la palabra; pero si te obstinas en mentir me llevaré al recién nacido.

Entonces pudo hablar la princesa, mas fué para manifestar solamente:

—No, no he abierto la puerta prohibida.

La Señora se llevó al tierno angelito, cuya falta, al notarse á la mañana siguiente, hizo que se esparciese el rumor entre la servidumbre de palacio que la reina lo habia matado. Todo lo oia aquella sin poder defenderse. Y gracias á que el rey la queria demasiado para creer tales murmuraciones.

Trascurrido otro año, la reina dió á luz otro niño; y de nuevo tornó á aparecérsele por la noche la Señora.

—Si quieres, insistió esta, confesar al fin que me desobedeciste, te restituiré tu hijo y te desataré la lengua; mas si te obstinas en tu pecado me llevaré tambien á este otro.

La princesa repitió:

—No, no he abierto la puerta prohibida.

La Señora le quitó de los brazos al niño llevándoselo á su morada. Y, al hacerse pública su desaparicion á la mañana siguiente, no solo se dijo ya en alta voz que la princesa lo habia matado, sino que hasta los mismos consejeros de la corona pidieron que se la procesase. Sin embargo, el monarca la amaba tanto que les negó lo que pedian, mandando so pena de muerte que no se hablara mas del asunto.

Al año tercero, la reina, que habia dado á luz una hermosa niña, vió presentarse tambien durante la noche á la Señora que la dijo:

—Sígueme.

Y cogiéndola de la mano la condujo á su palacio, donde le enseñó á sus dos primeros hijos; que la conocieron en seguida y jugaron con ella. Entonces, como la madre se alegrara mucho de verles, repitió la Señora:

—Si quieres confesar ahora la verdad te restituiré tus dos hermosos hijos.

La reina contestó por tercera vez:

—No, no he abierto la puerta prohibida.

Oído lo cual la señora volvió á la madre á la cama y se llevó consigo á la niña.

A la mañana siguiente, viendo que no hallaban á recién nacido, repetician á una todos los de palacio:

—La reina es ogra; hay que condenarla á muerte.

El rey no pudo menos de seguir en esta ocasion el parecer de sus consejeros; la princesa compareció ante el tribunal; y como la falta de habla la impedia defenderse, fué condenada á morir en una hoguera.

Atada estaba ya al palo, y la llama de la pira comenzaba á rodearla, cuando el arrepentimiento brotó en su corazón.

—Si pudiera, pensó interiormente, confesar antes de morir que he abierto la puerta...

Y exclamó:

—Sí, Señora, he sido culpable.

No bien se le ocurrió este pensamiento, cuando apareció la Señora acompañada de los dos niños y sosteniendo en sus brazos á la niña y dirigiéndose á la reina le dijo con acento lleno de bondad:

—Todo el que se arrepienta y confiesa su culpa, es perdonado.

Y, entregándole sus tres hijos y devolviéndole el uso de la palabra, la hizo feliz por el resto de su vida.